

desengañarse. Escitó el egeplo de estas heroínas una noble emulacion entre los dos sexos, y aun en las clases menos capaces de sublimes sentimientos. El verdugo que habia decapitado á Taquenda, asió con execracion el sable con que le habia derribado la cabeza; fue á arrojarle á los pies del obispo del Japon, y vertiendo abundante llanto le pidió el bautismo. Vióse así en la última edad, y en una nacion que apenas conocia á Jesucristo, lo que mayor admiracion causára en los tiempos mas brillantes de la Iglesia. Esto prueba que siempre y en todos los climas inspira el mismo espíritu.

25. Lo que llenaba de pasmo en el primer ímpetu del fervor de los japoses, reproducíase con alguna proporcion aun en la atmósfera impura, inficionada por Ginebra con los continuos miasmas que exhalaba aquella sentina de la impiedad y de la corrupcion. Un solo hombre, y el menos imperioso de todos ellos, bastó, en manos de Dios, para mostrar allí la fuerza de su diestra. Francisco de Sales, destinado para convertir el Chablés y el país de Gex, brillaba con todas las prendas naturales y adquiridas que pueden disponer á las grandes empresas. Pero desde su mas tierna edad conoció que la nobleza, los bienes de fortuna, la ciencia y todas las buenas cualidades naturales de nada sirven á los ojos de la fe y de la verdadera razon, sino en cuanto son instrumentos de la virtud para producir unos frutos tan incorruptibles como ella.

Consagróse con este designio á los primeros

estudios en Saboya, que era su pátria, despues aprendió las lenguas en París con el célebre Genébrardo, la filosofia y la teología en el colegio de los jesuitas con Maldonado, y por último, el derecho en Padua con Pancirolo (1). Trató en esta última ciudad al padre Possevino, jesuita recomendable por su sabiduría, por su talento para la direccion de los asuntos y de los espíritus, y por su eminente piedad; y confióle la inclinacion particular que profesaba á los estudios eclesiásticos. Possevino, previendo los grandes designios del Señor acerca de aquel hombre extraordinario, exhortóle con eficacia á cultivar unas ciencias que le eran tan necesarias para el desempeño de su destino, añadiendo en términos espesos que le quería Dios para que llevase su palabra á pueblos engañados, y para que fuese en su pátria la columna de la fe y de la Religion. No contento con darle consejos, hizose director de sus estudios, como tambien de su conciencia. Sacrificaba todos los dias en su obsequio dos horas, y nunca juzgó que empleaba mejor el tiempo, no obstante de lo apreciables que eran otras tareas suyas para el bien de la Iglesia. Instruyóle principalmente en la ciencia de las controversias y en el grande arte de la elocuencia, que poseía el mismo Possevino con singular perfeccion. Pero el mas digno cuidado de este maestro piadoso fue cultivar las semillas de virtud que encontró en aquella alma pura, y elevarla al grado mas sublime. Consérvanse

(1) *Mars. Vid. de San Franc. de Sal. l. 1.*

todavía unas reglas admirables de conducta, que juzgan haberle sido prescritas por este hábil y virtuoso director.

Zozobró no obstante entre inmensos riesgos la inocencia de Francisco, que tenia una disposicion corporal y una fisonomia en extremo agradables, un candor, una afabilidad y un trato tan cariñoso, que no era posible verle sin amarle, con aquella modestia y aquel pudor ingénuo que inspira respeto á las almas honestas, pero que solo sirve de estímulo á las pasiones desordenadas. No solo luchó contra los alhágos de las mugeres perdidas, cuyo descaro suele desplacer á las almas comunes, sino tambien contra los de aquellas mogigatas calificadas y artificiosas que revestian la infamia con todas las exterioridades del honor, y ponianle en la cruel alternativa de elegir la fortuna que era consiguiente á la condescendencia, ó la muerte que debía seguirse al desaire. Habia ya renunciado para siempre el matrimonio por medio del voto de virginidad, poniéndose bajo la proteccion particular de la Reina de las vírgenes para lograr las gracias sin las cuales sabia que no es posible ser continente. Si se esforzó siempre en hacer fructificar aquella ciencia saludable que era ya en él, como en el sábio, una gracia preciosa, nunca fue mas fiel que despues de estos últimos peligros, en el desempeño de todos los egércicios que podian colmarle con la abundancia de las bendiciones celestiales. Aumentó sus oraciones, sus piadosas lecturas, y sus austeridades. Asistió con mas frecuencia y con mas fervor á la

mesa del pan de los fuertes que acostumbraba recibir de ocho á ocho dias. Observó una soledad mas severa, evitó hasta la sombra de las ocasiones peligrosas, é inspirándole la humilde persuasion de su flaqueza un santo temor que crecia de dia en dia con la noticia de las vergonzosas caidas de sus compañeros, depositó su confianza en el que únicamente podia suministrarle las fuerzas necesarias. Instruido tambien de que seria inútil contar con sus grandes misericordias, si por decirlo así, no las solicitaba con una correspondencia generosa, entrególe todo su corazon.

No pertenecia al siglo una virtud de esta naturaleza. No obstante, los padres del jóven conde de Sales, que era su primogénito, habian fundado en sus raras disposiciones toda la esperanza de la familia. Para que apareciese á brillar en el mundo, habíanle destinado á la dignidad de senador en el senado de Chambery, y tenian tratado su casamiento con la hija única del baron de Vegy, consejero de estado. Matrimonio muy apreciable, pues su futura esposa era jóven, muy agraciada, de ilustre nacimiento, rica, y principalmente gozaba su padre un influjo muy grande en la corte de Saboya. Tenian mucha religion y una piedad poco comun el conde y la condesa de Sales. Habia repetido cien veces la condesa á su hijo, durante su infancia, á egemplo y con el buen éxito de la Reina Blanca, que no obstante el gran cariño que le profesaba, preferiria verle muerto á saber que habia cometido un solo pecado mortal. Mas la resolucion de Francisco distaba tanto de las ideas de

aquellos padres carifiosos, que la primera noticia que tuvieron de ella causóles una cruel sorpresa. Muy terrible, pues, fue para la virtud del jóven conde verse precisado á desconsolar á un padre y á una madre á quienes nunca habia dado el menor disgusto, y que por su parte le habian procurado siempre cuantas diversiones honestas eran imaginables. Pero fue fiel al Señor: aunque es cierto que recibieron la nueva de su resolucion por medio de su primo Luis de Sales, eclesiástico piadoso y prudente que se habia asegurado de su vocacion. Sostúvola despues por sí mismo con una firmeza que bastó para que juzgase su padre ser aquella la voluntad de Dios, y que serian inútiles cuantos esfuerzos opusiese á ella.

No admitió al mismo tiempo la dignidad de senador que le daba gratuitamente el duque de Saboya, bien informado de su mérito. En vano le representaron que no era incompatible con el estado que queria abrazar, y que acababa de poseerla un eclesiástico muy digno. Tornó á echarse á los pies de su padre suplicándole que no pusiese límites á su condescendencia, y que llevase á bien que se consagrara todo entero á las funciones de un ministerio, para el cual apenas bastan todas las facultades del hombre. Tambien pretendió renunciar su derecho de primogenitura; pero el conde y la condesa se empeñaron en que habia de conservarle. Mucho trabajo costó conseguir que aceptase el deanato del cabildo de Ginebra, que su virtuoso pariente Luis de Sales habia obtenido para él en la corte de Roma, porque deseaba vivir sin beneficio

con su patrimonio solo, y ocupar el último puesto en la casa del Señor. Su fervor le atrajo generales elógios, y no obstante hicieronle aceptar una dignidad que le venia únicamente de la Providencia, como que nunca le habia ocurrido el pensamiento de solicitarla.

Confiriéronle algun tiempo despues las órdenes sagradas sin observar, aunque él lo deseaba mucho, los intersticios acostumbrados. El piadoso obispo de Ginebra Claudio Granier, que conocia la virtud y los talentos del ordenando, y que parece adivinó desde entonces que algun dia habia de ser su sucesor, no quiso perder un punto en aplicar á la edificacion pública á un ministro, cuyas funciones parecian tan útiles á la Iglesia. Francisco ornado con las órdenes sagradas, y revestido de aquel espíritu principal del sacerdocio que mueve á los ministros del Altísimo á derramar la doctrina de que son depositarios sus labios, recorrió desde luego las chozas y caserías de las inmediaciones de Annecy para instruir á una infinidad de gentes tan groseras que profesaban la fe católica y apenas tenian noticia del cristianismo. Trocó las costumbres del país entero en muy corto tiempo, y tornó á florecer la piedad en unos sitios en que la mezcla y trato de los hereges habia aniquilado cuasi de todo punto la Religion. Pero estos no eran mas que unos preludios de los útiles trabajos en que iba á ejercitarse.

26. Habian usurpado á este Príncipe los suizos del canton herege de Berna y la república de Ginebra, durante la guerra de Francisco I con el ducado

de Saboya, el ducado de Chablés y los baiiages de Gex, Terny y Gaillard. Concluida la paz, obligóseles á restituirlos; pero con la cláusula espresa de que no se restableceria en ellos la Religion católica que habian destruido. Estos cortos estados que en cierto modo tenian sitiada á la ciudad de Ginebra, y ponian en un riesgo continuo la independenciam que se habia arrogado, causábanle crueles inquietudes. Cuando murió el duque Manuel Filiberto, incitó á los suizos á quebrantar el tratado que habian hecho con este Príncipe, y de acuerdo con ellos se apoderó segunda vez de dichos paises. Sirvió solo esta nueva usurpacion para cubrir de oprobio á los usurpadores y hacer mas infeliz su suerte, porque Carlos Manuel, hijo y sucesor de Filiberto, puso en pie con tanta prontitud un ejército formidable, que se rindieron á él sin oponer ninguna resistencia. Entró otra vez en posesion de todo lo que le habian quitado, dejó buenas guarniciones en las plazas conquistadas, y viéndose libre de las cláusulas del primer tratado, así por el perjuro de los infractores, como por su nuevo derecho de conquista, no pensó mas que en restablecer la Religion católica en los dominios que acababa de recobrar.

Escribió con este objeto al obispo de Ginebra que eligiese eclesiásticos á propósito para una obra tan buena, y ofreció sostenerlos con toda su autoridad. Congregó al punto el obispo el clero de la ciudad y de las aldeas, les manifestó la abundante mies que se presentaba á su celo, mostróse dispuesto á ir

delante de ellos, sin que le sirviesen de obstáculo sus enfermedades ni su avanzada edad, y exhortólos de un modo patético á que se conformasen con sus deseos. Admiró y consternó este discurso á todos los concurrentes, quienes no consideraban mas que los trabajos y peligros á que iban á esponerse. Observaban todos un triste silencio, á escepcion del dean, y estaban con los ojos clavados en tierra, temiendo encontrarse con los del prelado, y llegar á una confesion formal de su pusilanimidad.

Francisco no solo se ofreció á acompañarle, sino tambien á evitarle las fatigas que no podia sufrir á causa de su avanzada edad, y á ser el gefe de la mision, si le creía capaz de ello. Añadió á esto, que el primer pastor, prescindiendo de la fuerza ó de la debilidad del cuerpo, era responsable á toda la diócesi; y aun mas á la parte fiel del rebaño, que á la parte rebelde. Que además convenia ir al principio á sondear las disposiciones de aquellas ovejas descarriadas. Que para esto era suficiente un corto número de colaboradores que le acompañáran, y que, segun el éxito, podria ir despues un número mayor, y aun el mismo obispo. Reuniéronse todos para detener al obispo, á cuya caridad se hizo una especie de violencia. Pero nadie se ofreció á acompañar al generoso dean, excepto Luis de Sales, aquel virtuoso pariente que habia contribuido con tanto empeño á remover los obstáculos que se oponian á su vocacion. Nada recavó el que el obispo de Ginebra y todos los amigos y parientes de Francisco y de Luis mostrasen la mayor

inquietud al verlos resueltos á marcharse solos, y principalmente cuando vieron que se marchaban en efecto como dos ovejas inocentes á las guaridas silvestres de aquellos montañeses, no menos temidos que los lobos feroces. Francisco trató de moderar por lo menos el sobresalto de sus parientes; mas observando que nada conseguia con todos los recursos de la elocuencia, cogió á Luis de la mano y le dijo: „vamos á donde Dios nos llama. Mas de un combate hay en que solo se vence con la fuga. Si nos detenemos mas tiempo desfalleceremos y abandonaremos á otros ministros mas fieles el premio que nos espera.” Sus parientes admirados no tuvieron ánimo para detenerle. El conde, su padre, fue acompañándole por largo rato, y habiéndole perdido de vista, volvió á consolar á la condesa.

Quando ambos misioneros se vieron en libertad, y próximos á poner el pie en el campo que les abria su celo, volvióse Francisco á su primo, y abrazándole con cariño: „me ocurre (le dijo) un pensamiento. Nosotros vamos á desempeñar las funciones de los Apóstoles, y debemos tratar de imitarlos con toda puntualidad. Despachemos nuestros caballos, caminemos siempre á pie, y contentémonos con las cosas que sean absolutamente necesarias.” Habiendo consentido en ello Luis de Sales, encamináronse, acompañados de un solo criado, á la fortaleza de Alinges, puesta en la cima de un monte aislado, y defendida con una buena guarnicion para tener subordinado aquel país. Era éste el único sitio seguro que tenían

los dos misioneros, y por mucho tiempo vieron obligados á guarecerse en él todas las noches, ya para hallar un hospedage, que en cualquiera otra parte se les habria negado, y ya para decir misa. Porque hubiera sido imprudencia celebrar el santo sacrificio en medio de unos sacramentarios feroces. No obstante, distaba dos leguas largas Alinges de Tonon, capital del Chablés, donde los misioneros ejercitaban principalmente su celo. De suerte que andaban cuatro leguas diarias por un país inculto, sufriendo frios crueles, hollando nieves y hielos, y afrontando mil contratiempos que los obligaban algunas veces á andar errantes hasta muy entrada la noche. Mas esto no fue capáz de mover á Francisco á variar de resolucion. Por no dejar de celebrar los sagrados misterios pasó por espacio de mucho tiempo un torrente profundo por encima de una viga cubierta de hielo, agarrándose á ella con manos y rodillas, y esponiéndose al riesgo continuo de rodar á aquel abismo.

Por grandes que fuesen los obstáculos que le presentaban los elementos y la naturaleza del país, puede decirse que todo esto era nada en comparacion de la fiereza de los habitantes. Al presentarse Francisco en Tonon, bajo los auspicios del Soberano, recibióle los magistrados con grandes demostraciones de respeto en la apariencia, y por medios ocultos prohibieron con mucho rigor que fuesen á oírle, y que tuviesen la menor comunicacion con él. Decíase públicamente en la ciudad, y aun con mas audacia en los pueblos inmediatos, que era el enviado del

antieristo de los romanos, y que se le debía tratar de modo que no le quedase gana de volver por allí. En Ginebra, distante cuatro ó cinco leguas de Tonon, opinaban que convenia tomar las armas, implorar de nuevo el auxilio de los suizos, y no perder tiempo en alejar de cualquier modo que fuese á aquel temerario papista. Llegaron al extremo de decir, que era lícito matarle si no habia otro arbitrio para desbaratar su proyecto; y á lo menos consiguieron que huyesen todos de él, de tal suerte que estaba tan solo en medio de Tonon como si residiese en la soledad mas inhabitada de todo el país.

Sin embargo, no dejaba de ir allí todos los dias, del mismo modo que si tuviese que coger los frutos mas copiosos, y algunas veces con un temporal tan recio que ni aun los aldeanos mas valerosos osaban abandonar sus cabañas. Ni aun la obscuridad de la noche le causaba pavor. Un dia que salió de Tonon mas tarde de lo que solia, extravióse, y despues de haber andado errante por largo tiempo, llegó á media noche á una aldea, cuyas casas se veían todas cerradas. Estaba la tierra cubierta de nieve, el viento era terrible, y el frio tan penetrante, que ni los aldeanos ni sus ganados habian salido de casa en aquel dia. Llamó á las puertas, rogando á todos los habitantes en los términos mas patéticos, que no consintieran que muriera de frio; pero eran todos calvinistas, y su criado tuvo la imprudencia de nombrarle, juzgando que á lo menos tendrian alguna consideracion á su ilustre nacimiento. Hubieran perecido sin remedio,

si no hubiera dispuesto la Providencia que encontrasen el horno del lugar que estaba todavía caliente. Colocáronse en él como pudieron, hasta que al amanecer volvieron á buscar el camino perdido.

Otro dia que le habia detenido un buen aldeano, que edificado al ver su paciencia quiso que le instruyese al punto en la fe católica, sorprendióle la noche en un bosque con tal obscuridad que no veía donde fijaba los pies. Los lobos, los osos y otras fieras no tardaron en bajar de los montes, y dar unos ahullidos tan horriblos que aun al alma más osada érale difícil conservar su serenidad. Moríase el criado de miedo; y Luis de Sales, que habia ido con ellos, y aconsejó antes á Francisco que difiriese la instruccion hasta el dia siguiente, decía que su celo era inconsiderado. Solo el nuevo apóstol, usando de su dulcedumbre y serenidad ordinaria, los consolaba, los alentaba, y les afirmaba que no permitiria Dios que pereziesen, por no haber arriesgado la salvacion de una alma, difiriéndola para un tiempo que siempre es incierto. Salió últimamente la luna, y con su luz vieron un edificio arruinado, donde pasaron el resto de la noche debajo de un pedazo de bóveda, que los defendió algun tanto de la inclemencia del tiempo. Quedáronse dormidos Luis de Sales y el criado, rindiéndose al cansacio. Pero Francisco, que echó de ver en aquellas ruinas los residuos de una iglesia destruida por los hereges, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, ocupada su mente con la idea de los copiosos solitarios que antiguamente entonaban en

aquellos desiertos las alabanzas del Señor. Recordaba á las vírgenes santas que seguian al Cordero immaculado en aquellas selvas espantosas; á los pastores virtuosos, por cuyo medio reinaba la verdadera fe, con la piedad y la inocencia de las costumbres, y por último á muchas comparaciones igualmente tristes, entre el lustre antiguo de la Religion en aquellos valles, y el deplorable estado á que se veía reducida entonces.

27. Mostróse propicio el cielo á tan grande fe y perseverancia, y el dia señalado para la conversion del Chablés amaneció tan de lleno que recompensó al apóstol todos los riesgos á que se habia visto esposta su longanimidad. Principiaron las conversiones por los domésticos de la fe, cuyos egemplos buenos ó malos hacen siempre mucha impresion en sus enemigos. La guarnicion de Alinges encargada de proteger la Religion en sus inmediaciones, estaba muy lejos de abstenerse de todos aquellos vicios que la deshonoran. Francisco trató de persuadirla que cuanto mas los obligaba á esponer su vida la profesion de las armas con la cual autorizaban sus costumbres licenciosas, tanto mas habian de procurar ponerse en estado de no temer las consecuencias de la muerte. Las resultas de este convencimiento y sus favorables efectos fueron superiores á las esperanzas de Francisco, pues los oficiales y los soldados parecian mas bien religiosos que militares; y el santo director, que sabia mejor que nadie prescribir á cada uno lo que le convenia segun su condicion, empleóse solo

en este ministerio. Cuando volvieron á presentarse en Tonon, á donde iban con frecuencia, edificaban con su egemplar conducta, en tales términos que no parecian ya los mismos hombres.

La admiracion que produjo esta metamórfosis ocasionó una corona gloriosa para el instrumento de que se habia valido el cielo para llevarla á cabo. Cedieron las calumnias con que le infamaban los ministros á una refutacion tan persuasiva como la de las obras. Refrescóse la memoria de los buenos egemplos que daba en todas ocasiones, de su caridad, de su paciencia, de su afabilidad angelical, y de los increíbles trabajos que padecia voluntariamente por la salvacion de un pueblo que le pagaba con desprecios y ultrages. Compararon su modestia y su moderacion con la acrimonia imperiosa y con la dureza grosera de los ministros, que solo le contestaban con injurias; y creyeron que siendo este sistema el recurso ordinario de la parte que no tiene á su favor la razon, debia estar la verdad entre los que se portaban con modestia y agrado. Restaba solo destruir algunas preocupaciones, para lo cual bastaba oír al misionero, sin exasperar demasiado á los ministros, cuya dominacion tiránica fundábase aun en el temor y en los respetos humanos; y una casualidad, dispuesta por la Providencia, fue el origen de estas instrucciones.

Francisco recibió la nueva de que habian salido de la ciudad dos caballeros á batirse en reto. Voló al campo de batalla, y viendo que se acuchillaban con